así tenemos enemistad con ellos y huímos dellos, y metemos todas las velas de nuestra industria y cuidado en hacer los ajenos. Porque verá vuestra merced algunas personas de profesión religiosa, que, como si fuesen casadas, todo su cuidado es gobernar las casas de sus deudos ó de otras personas, que ellas por su voluntad han tomado á su cargo, y que si se recibe ó se despide el criado, ha de ser por su mano dellas, y si se cuelga la casa en invierno, lo mandan ellas primero; y por el contrario, en las casadas hay otras que, como si sus casas fuesen de sus vecinas, así se descuidan dellas, y toda su vida es el oratorio y el devocionario, y el calentar el suelo de la iglesia tarde y mañana, y piérdese entretanto la moza, y cobra malos siniestros la hija, y la hacienda se hunde, y vuélvese demonio el marido. Y si el seguir lo que no son les costase menos trabajo que el cumplir con aquello que deben ser, tendrían éstas algún color de disculpa, ó si habiéndose desvelado mucho en aquesto que escogen por su querer, saliesen perfectamente con ello, era consuelo

en alguna manera; pero es al revés, que ni el religioso, aunque más trabaje, gobernará como se debe la vida del hombre casado, ni jamás el casado llegará á aquello que es ser religioso; porque, así como la vida del monasterio y las leyes y observancias y todo el trato y asiento de la vida monástica favorece y ayuda al vivir religioso, para cuyo fin todo ello se ordena, así al que, siendo fraile, se olvida del fraile y se ocupa en lo que es el casado, todo ello le es estorbo y embarazo muy grave. Y como sus intentos y pensamientos y el blanco adonde se enderezan no es monasterio; así estropieza y ofende en todo lo que es monasterio, en la portería, en el claustro, en el coro y silencio, en la aspereza y humildad de la vida; por lo cual le conviene, ó desistir de su porfía loca, ó romper por medio de un escuadrón de duras dificultades, y subir, como dicen, el agua por una torre.

Por la misma manera, el estilo de vivir de la mujer casada, como la convida y alienta á que se ocupe en su casa, así por mil partes la retrae de lo que es ser monja ó religiosa; y así los unos

y los otros, por no querer hacer lo que propiamente les toca, y por quererse señalar en lo que no les atañe, faltan á lo que deben y no alcanzan lo que pretenden, y trabajan incomparablemente más de lo que fuera si trabajaran en hacerse perfectos cada uno en su oficio, y queda su trabajo sin fruto y sin luz. Y como en la naturaleza los monstruos que nacen con partes y miembros de animales diferentes no se conservan ni viven, así esta monstruosidad de diferentes estados en un compuesto, el uno en la profesión y el otro en las obras, los que la siguen no se logran en sus intentos; y como la naturaleza aborrece los monstruos, así Dios huye destos y los abomina. Y por esto decía en la ley vieja que ni en el campo se pusiesen semillas diferentes, ni en la tela fuese la trama de uno y estambre de otro (1), ni menos se le ofreciese en sacrificio el animal que hiciese vivienda en agua y en tierra (2).

Pues asiente vuestra merced en su corazón con entera firmeza que el ser amiga de Dios es

(1) Lev., cap. 19, v. 9. – (2) Deuteron., cap. 14.

ser buena casada, y que el bien de su alma está en ser perfecta en su estado, y que el trabajar en ello y el desvelarse es ofrecer á Dios un sacrificio aceptísimo de sí misma. Y no digo yo, ni me pasa por pensamiento, que el casado ó alguno han de carecer de oración, sino digo la diferencia que ha de haber entre las buenas religiosa y casada; porque en aquélla el orar es todo su oficio, en ésta ha de ser medio el orar para que mejor cumpla su oficio. Aquélla no quiso el marido y negó el mundo y despidióse de todos, para conversar siempre y desembarazadamente con Cristo; ésta ha de tratar con Cristo para alcanzar dél gracia y favor con que acierte á criar el hijo y á gobernar bien la casa y á servir como es razón al marido. Aquélla ha de vivir para orar continuamente; ésta ha de orar para vivir como debe. Aquélla aplace á Dios regalándose con él; ésta le ha de servir trabajando en el gobierno de su casa por él.

Mas considere vuestra merced cómo reluce aquí la grandeza de la divina bondad, que se tiene por servido de nosotros con aquello mis-

mo que es provecho nuestro. Porque á la verdad, cuando no hubiera otra cosa que inclinara la casada á hacer el deber, sino es la paz y sosiego y gran bien que en esta vida sacan é interesan las buenas de serlo, esto solo bastaba; porque sabida cosa es, que cuando la mujer asiste á su oficio, el marido la ama, y la familia anda en concierto, y aprenden virtud los hijos, y la paz reina, y la hacienda crece. Y como la luna llena en las noches serenas se goza rodeada y como acompañada de clarísimas lumbres, las cuales todas parece que avivan sus luces en ella, y que la remiran y reverencian; así la buena en su casa reina y resplandece, y convierte á sí juntamente los ojos y los corazones de todos. El descanso y la seguridad la acompañan adondequiera que endereza sus pasos, y á cualquiera parte que mira encuentra con el alegría y con el gozo; porque si pone en el marido los ojos, descansa en su amor; si los vuelve á sus hijos, alégrase con su virtud; halla en los criados bueno y fiel servicio, y en la hacienda provecho y acrecentamiento, y todo le es

gustoso y alegre; como al contrario, á la que es mala casera todo se le convierte en amarguras, como se puede ver por infinitos ejemplos. Pero no quiero detenerme en cosa por nuestros pecados tan clara, ni quiero sacar á vuestra merced de su mismo lugar. Vuelva los ojos por sus vecinos y naturales, y revuelva en su memoria lo que de otras casas ha oído.

¿De cuántas mujeres sabe que por no tener cuenta con su estado y tenerla con sus antojos, están con sus maridos en perpetua lid y desgracia? ¿Cuántas ha visto lastimadas y afeadas con los desconciertos de sus hijos y hijas, con quien no quisieron tener cuenta? ¿Cuántas lacerán en extrema pobreza porque no atendieron á la guarda de sus haciendas, ó por mejor decir porque fueron la perdición y la polilla de ellas? Ello es así que no hay cosa más rica ni más feliz que la buena mujer, ni peor ni más desastrada que la casada que no lo es; y lo uno y lo otro nos enseña la Sagrada Escritura. De la buena dice así:

«El marido de la mujer buena es dichoso y

vivirá doblados días, y la mujer de valor pone en su marido descanso, y cerrará los años de su vida con paz. La mujer buena es suerte buena, y como premio de los que temen á Dios, la dará Dios al hombre por sus buenas obras (1). El bien de la mujer diligente deleitará á su marido y hinchará de grosura sus huesos. Dón grande de Dios es el trato bueno suyo (2); bien sobre bien y hermosura sobre hermosura es una mujer que es santa y honesta. Como el sol que nace, parece en las alturas del cielo; así el rostro de la buena adorna y hermosea su casa (3).»

Y de la mala dice por contraria manera:

«La celosa es dolor de corazón y llanto continuo (4), y el tratar con la mala es tratar con los escorpiones (5). Casa que se llueve es la mujer rencillosa (6), y lo que turba la vida es casarse con una aborrecible (7). La tristeza del corazón es la mayor herida, y la maldad de la

(1) Ecclesiast., cap. 26, v. 1, 2, 3. – (2) Ibíd., v. 16, 17. – (3) Ibíd., v. 19, 21. – (4) Ibíd., cap. 26, v. 8. – (5) Ibíd., v. 10. – (6) Proverb., cap. 19, v. 13. – (7) Ibíd., cap. 30, v. 23.

mujer es todas las maldades. Toda llaga, y no de corazón; todo mal, y no mal de mujer (1). No hay cabeza peor que la cabeza de la culebra, ni ira que iguale á la de la mujer enojada. Vivir con leones y con dragones más es pasadero que hacer vida con la mujer que es malvada (2). Todo mal es pequeño en comparación de la mala; á los pecadores les caiga tal suerte. Cual es la subida arenosa para los pies ancianos, tal es para el modesto la mujer deslenguada (3). Quebranto de corazón y llaga mortal es la mala mujer. Cortamiento de piernas y descaimiento de manos es la mujer que no da placer á su marido. La mujer dió principio al pecado, y por su causa morimos todos (4).» y por esta forma otras muchas razones.

Y acontece en esto una cosa maravillosa, que siendo las mujeres de su cosecha gente de gran pundonor, apetitosas de ser preciadas y honradas, como son todos los de ánimo flaco, y gustando de vencerse entre sí unas á otras aun en

(1) Ecclesiast., cap. 25, v. 17, 18, 19. – (2) Ibíd., v. 22, 23. – (3) Ibíd., v. 26, 27. – (4) Ibíd., v. 31, 32, 33.

cosas menudas y de niñería, no se precian, antes se descuidan y olvidan de lo que es su propia virtud y loa. Gusta una mujer de parecer más hermosa que otra, y aun si su vecina tiene mejor basquiña, ó si por ventura saca mejor invención de tocado, no lo pone á paciencia; y si en el ser mujer de su casa le hace ventaja, no se acuita, ni se duele, antes hace caso de honra sobre cualquier menudencia, y sólo aquesto no estima.

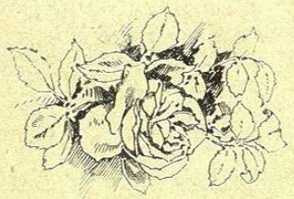
Como sea así que el ser vencida en aquello no le daña, y el no vencer en esto la destruye; con ser así que aquello no es su culpa y aquesto destruye todo el bien suyo y de su casa, y con ser así que el loor que por aquello se alcanza, es ligero y vano loor, y loor que antes que nazca perece, y tal, que si hablamos con verdad, no merece ser llamado loor, y por el contrario, la alabanza maciza y que tiene verdaderas raíces, y que florece por las bocas de los buenos juicios, y que no se acaba con la edad, ni con el tiempo se gasta, antes con los años crece, y la vejez la renueva, y el tiempo la esfuerza, y la eterni-

dad se espeja en ella, y la envía más viva siempre y más fresca por mil vueltas de siglos. Porque á la buena mujer su familia la reverencia, y sus hijos la aman, y su marido la adora, y los vecinos la bendicen, y los presentes y los venideros la alaban y ensalzan. Y á la verdad, si hay debajo de la luna cosa que merezca ser estimada y preciada, es la mujer buena; y en comparación della el sol mismo no luce, y son escuras las estrellas, y no sé yo joya de valor ni de loor que ansí levante y hermosee con claridad y resplandor á los hombres, como es aquel tesoro de inmortales bienes de honestidad, de dulzura, de fe, de verdad, de amor, de piedad y regalo, de gozo y de paz, que encierra y contiene en sí una buena mujer cuando se la da por compañera su buena dicha.

Que si Eurípides (1), escritor sabio, parece que á bulto dice de todas mal, y dice que si alguno de los pasados dijo mal dellas, y de los presentes lo dice, ó si lo dijeren los que vinieren después, todo lo que dijeron y dicen y dirán,

(1) In Hecuba.

él solo quiere decir y dice. Así que, si esto dice, no lo dice en su persona, y la que lo dice tiene justa disculpa en haber sido Medea la ocasión de que lo dijese. Mas, ya que habemos llegado aquí, razón es que callen mis palabras, y que comiencen á sonar las del Espíritu Santo, el cual en la doctrina de las buenas mujeres, que pone en los *Proverbios*, y yo ofrezco ahora aquí á vuestra merced, comienza destos mismos loores en que yo ahora acabo, y dice en pocas razones lo que ninguna lengua pudiera decir en muchas; y dice desta manera:



I

ALGUNAS ADVERTENCIAS DEL AUTOR PARA ENTRAR Á TRATAR DE LA MATERIA

¿Quién hallará mujer de valor?
Raro y extremado es su precio.
PROVERBIOS

Pero antes que comencemos, nos conviene presuponer que en este capítulo el Espíritu Santo así es verdad que pinta una buena casada, declarando las obligaciones que tiene, que también dice y significa, y cómo encubre debajo desta pintura cosas mayores y de más alto sentido, que pertenescen á toda la Iglesia. Porque se ha de entender que la Sagrada Escritura, que es habla de Dios, es como una imagen